

# Molinos de viento

Eloy López Gurría  
Socio de AMUEZ



Recordando este paisaje serrano de cumbres pobladas de colores perennes, carrascosos y de otros cambiantes según la estación en la que te encuentres: verdes sembrados y rojos barbechos en invierno y primavera, rastros pajizos en verano. Cumbres azuladas con sombreros nubosos y amaneceres caliginosos otoñales, o atardeceres difusos según el caprichoso juego de los celajes. En definitiva, emocionante campiña, que ayuda, unas veces al regocijo, otras a la quietud y la relajación. Recordando, digo, pues en esta tierra que nunca fue agredida por fuerzas extrañas, donde la naturaleza seguía su curso natural, las máquinas productoras de electricidad limpia han irrumpido con saña, desbaratando la belleza paisajística original.

Me asomo a cualquiera de nuestros campos invadidos y asisto con preocupación a este drástico cambio en el paisaje en favor de la prosperidad y la producción energética "light". Con tristeza me acerco a las palabras que Cervantes pone en boca de Alonso Quijano en su Quijote:

"En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y, así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

La ventura va guiando nuestras cosas mejor que lo acertábamos a desear, porque ¿ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer?; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra".

-¿Qué gigantes?- dijo Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves-respondió su amo-de los brazos largos; que los suelen tener algunos de casi dos leguas."

Pido a los Dioses que no sea premonitorio.

Viendo este sinsentido, este venderse gratuitamente a un progreso impreciso, pues nadie, hasta ahora, ha conseguido dominar totalmente y a largo plazo las caprichosas y cambiantes auras de los vientos, me hace pensar en qué se

convertirá esta magnífica tierra, cuando estos monstruos bíblicos, gigantes cervantinos, que hoy empiezan a poblar todo el paisaje, queden en desuso; bien porque no haya suficiente viento para mover sus aspas, bien porque no sea rentable hacerlos funcionar, bien porque sus turbinas produzcan trastornos en el organismo humano, o ¿por qué no?, la energía nuclear haya avanzado tanto (con la fisión del átomo, no con la fusión más peligrosa), que

la seguridad sea absoluta y a las grandes eléctricas les interese optar por ese u otro sistema de producción energética distinto. ¿Qué dirán entonces nuestros ecologistas?

Quizás será interesante ver atardecer, admirar una puesta de sol intermitente, a través de unas gigantesca aspas girando sin descanso. ¿Qué admirable poesía podrá surgir ante semejante imagen onírica?

Hace no muchos años era impensable que nuestros hermosos paisajes pudieran cambiar tan abruptamente y de la manera tan antiestética como está sucediendo en la actualidad. Pero no es la naturaleza la que se ha encargado de modificar nuestros entornos, tampoco el cambio climático tan en boca de todos, sino la mano del hombre, que ha sucumbido a una tecnología discutible, amparado por una más discutible ecología, la que está alterando los paisajes y ¿quizás los ecosistemas?, en pro de una desenfrenada producción energética.

Claro, esto tiene su reverso: es, indudablemente, una energía limpia, con un componente económico muy importante y nada trivial, que no implica solamente a la estética natural. Independientemente del negocio que pueda representar para las grandes compañías eléctricas, la implantación de este tipo de antiestéticos artefactos supone la supervivencia económica de nuestros vaciados pueblos, pues el dinero nada desdeñable que recibirán los ayuntamientos de los municipios afectados será un salvavidas para sus escuálidos presupuestos, lo que repercutirá en mejoras para las infraestructuras tan necesarias, endémicas y realmente urgentes que adolecen estos municipios.

Ante el peligro inminente de que nuestros campos y montes se llenen de ventiladores gigantescos, cuando salgo a realizar mis travesías montañosas, siempre llevo conmigo una pequeña cámara fotográfica para poder plasmar momentos, que seguramente serán únicos, de tal manera que, esos instantes captados, pueda y puedan admirarlos las futuras generaciones, aunque se encuentren en otro lugar o en otra época.